

## CARNAVAL Y CUARESMA

Estamos en los días de Carnaval y comienza la Cuaresma. En otros tiempos, el Carnaval duraba dos días y la Cuaresma cuarenta, como su nombre significa. Más o menos los años de vida a los que se podía aspirar, el tiempo de una generación sobre la tierra. Cuaresma era el modo de sintetizar en cuarenta días lo que es la vida del ser humano sobre la tierra. Hoy tendríamos que hablar ochentesma.

Pero no hace falta el bárbaro neologismo. Porque el Carnaval, que antes eran tres días, se ha convertido en exponente de la vida entera. Ahora todo, mejor, casi todo se ha convertido en carnaval.

Lo típico del Carnaval, quizá lo más representativo, son los disfraces. Pues bien, hoy abundan las máscaras. Quien más quien menos, todo el mundo se pone sus máscaras. En primer lugar los políticos. Después los periodistas. También los sacerdotes, más aún los obispos. Pero también el pueblo llano. ¿Quién es capaz hoy de desfilar por el teatro de la vida a pecho descubierto, enseñando todas las arrugas del rostro, sin máscaras, sin corazas, y sin afeites o maquillajes?

Y segundo, de donde le viene el nombre, Carnaval es culto a la carne. Es decir, a lo exterior, a la epidermis. Por eso, en desfiles y carrozas carnavalescos sólo pueden enseñarse las gracias de las jóvenes. Sólo importa el divertimento.

Y el baile. Lo máximo en el Carnaval es el baile. ¡Vamos al baile del Carnaval! Ojalá toda la vida fuese un baile, quieren algunos. A falta de ello, nos agregamos al baile del botellón semanal los jóvenes, al baile de las novelas superficiales los mayores, al baile de los números y de las cuentas los parados, los ahorradores, los financieros, los empresarios y naturalmente el Gobierno. Ahora se ha puesto de moda el número de 110. Lo vemos en autovías y autopistas. De ahí para arriba, ya es pecado y lo pagas con euros y puntos del carné de conducir.

El asunto es evadirse y no tomarse la vida en serio. Cada día nos inventan y airean noticias, más malas que buenas, para que dándoles vueltas, terminemos por marearnos y ser incapaces de llegar al fondo de nosotros mismos. Divertimento.

¿A qué nos invita la Cuaresma? A situarnos en medio de este carrusel del disfraz, la exhibición de la carne y la publicidad, del baile..., pero siendo capaces de detenernos y preguntarnos: ¿quién soy?, ¿qué pinto yo aquí? ¿realmente quiero lo que esta sociedad quiere que yo quiera? ¿no será posible otra alternativa?

Ánimo, amigos, que no toda la vida es carnaval. Que es posible vivir nuestros cuarenta o sesenta u ochenta de otro modo, diferente al que nos arrastra la pandemia de la superficialidad. Habrá pruebas. Pero también hay proyectos de vida humana. De más calidad. De más dignidad. ¿Nos asomaremos a ellos?

JOSÉ MARÍA YAGÜE